

«Hasta el fin». Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo

Pau Casanellas

Instituto de História Contemporânea-FCSH-UNL*

Resumen: Desde las ciencias sociales a menudo se ha explicado el surgimiento de la práctica armada otorgando una especial importancia a la «estructura de oportunidades políticas». El presente artículo trata, por el contrario, de analizar el nacimiento y asentamiento de este fenómeno en España durante los últimos años del franquismo prestando atención tanto a la cultura revolucionaria de la que bebían las organizaciones que tomaron las armas como a su dinámica política, contemplada dentro de la dinámica general del antifranquismo y de las corrientes de la izquierda revolucionaria en particular. En este último terreno son también tomadas en cuenta las interacciones de esos núcleos militantes con la política estatal, en especial en su vertiente represiva.

Palabras clave: lucha armada, izquierda revolucionaria, antifranquismo, culturas políticas, represión.

Abstract: Social scientists have often explained the emergence of armed struggle focusing on the «political opportunity structure». Instead of that, this paper tries to analyze the rise and consolidation of armed insurgency in Spain during the last years of Franco regime by considering the revolutionary culture in which the organizations that took arms were framed, as well as its political dynamics, regarded as a part of the general dynamics of anti-Francoism and of revolutionary left in par-

* Faculdade de Ciências Sociais e Humanas-Universidade Nova de Lisboa. Este trabalho se ha llevado a cabo en el marco del programa de Bolsas de Pós-Doutoramento (BPD) financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (FCT).

ricular. As for these dynamics, the relation of these militant groups with State policy —especially with repression— is also considered.

Keywords: armed struggle, revolutionary left, anti-Francoism, political cultures, repression.

La sociedad occidental de finales de la década de los sesenta era, en el plano económico y social, significativamente distinta de la de 1945, de la misma manera que la España de esos mismos años difería sensiblemente del país de miseria de la inmediata posguerra. El importante crecimiento registrado en las casi tres décadas «doradas» que siguieron a la Segunda Guerra Mundial —ola a la que el régimen de Franco sólo se incorporó tardíamente y casi a pesar suyo— contribuyó a fijar en muchos países los cimientos de una sociedad de consumo que, combinada con las protecciones del Estado asistencial, hacía cada vez más aparente el contraste con las condiciones de vida de los países del bloque oriental. En ese contexto, varios autores se afanaron en proclamar el desvanecimiento de las divisorias de clase en las sociedades occidentales, caracterizadas como posindustriales, así como el fin de la confrontación ideológica en su seno. Según una de las formulaciones que más fortuna hizo, la ideología, que anteriormente había sido «el camino de la acción», se convirtió en un «término muerto»¹, mientras que una de las plumas doctrinales del franquismo del desarrollismo la caracterizaba como «reaccionarismo noctívago y retorno a situaciones en feliz trance de superación», como «una forma de primitivismo social» enfrentada a la razón².

Más allá de la constatación, de la descripción, subyacía en esas formulaciones un empeño moral, generalizado ya desde los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial: la preocupación para evitar el retorno al absurdo del crimen total de la primera mitad de la centuria, atribuido a utopías, milenarismos y totalitarismos³. Fascismo, comunismo y, en menor medida, anarquismo aparecían así como los grandes responsables de la sangre vertida a lo

¹ Daniel BELL: *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964 [1960], p. 542.

² Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA: *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Rialp, 1965, pp. 17 y 143.

³ Buena muestra de la amplia penetración de esa inquietud moral son las tentativas filosóficas de trazar una genealogía del totalitarismo elaboradas por Albert CA-

largo del novecientos. La «revolución permanente» equiparada a la selección racial⁴. Como alternativa a esos absolutos, como respuesta a los fines utópicos, tomó cuerpo la apuesta por una política de los medios. En esa lógica se inscribía la fórmula recetada por Joseph A. Schumpeter en 1942: una democracia sustentada no ya en la voluntad del pueblo y el bien común, sino concebida como un instrumento, como un mecanismo de competencia y alternancia entre elites; la democracia no ya como fin en sí misma, sino como método⁵. Y un patrón parecido seguía el «pluralismo de valores» prescrito por Isaiah Berlin en 1958. Ante las «categorías o ideales absolutos» y los excesos a que éstos habrían llevado, la preeminencia de las libertades civiles o negativas. No más aspiraciones de clase, esperanzas del pueblo o panaceas para los problemas de la humanidad, solamente intereses individuales, los únicos reales⁶.

Las ideologías habían sido enterradas, pero ¿realmente habían fenecido? Bien pronto quedaría claro que no. Así lo constató el resurgir de la conflictividad social que experimentaron los países del ámbito occidental especialmente desde la segunda mitad de los años sesenta. A partir de finales de la década, además, ese fenómeno estuvo acompañado por la emergencia de formas de violencia política, práctica que se consolidaría a lo largo de los setenta en una progresión constante, tanto en el ámbito internacional como en el español. Si el contexto social y económico llevaba aparejado el «fin de las ideologías», ¿de dónde surgía ese impulso hacia la práctica armada? ¿De dónde la conflictividad y la radicalización en que se enmarcó?

Más allá de las estructuras

Una apreciación inicial resulta obligada: el acento que se acostumbra a poner en las transformaciones sociales suscitadas por el crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta —que las

MUS: *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza, 1982 [1951], y Hannah ARENDT: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974 [1951].

⁴ Hannah ARENDT: *Los orígenes...*, pp. 480-481.

⁵ Joseph A. SCHUMPETER: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1968 [1942], parte cuarta.

⁶ Isaiah BERLIN: «Dos conceptos de libertad» [1958], en *id.*: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 187-243.

hubo, y de una gran importancia— hace que a menudo se pasen por alto las continuidades. Aunque la tendencia de cambio era palpable, como atestiguaban el despoblamiento del mundo rural y la expansión del sector terciario y de la industria de bienes de consumo, quizá se quiso despachar a la sociedad industrial demasiado tempranamente. De hecho, el ensanchamiento de los servicios fue paralelo a la consolidación y desarrollo del sector industrial, por lo que con justicia se ha hablado, en referencia a esas décadas, del «espejismo del hundimiento de la clase obrera»⁷. Ciertamente, los trabajadores de cuello blanco eran cada vez más, pero no estaban solos. En lo que atañe al contexto español, a pesar de la impronta que dejó el desarrollismo, la situación no era todavía equiparable a la de los países con una industrialización avanzada. De 1950 a 1975, el porcentaje de empleados de la industria creció progresivamente, pasando de un 27 a un 48 por 100. Y a pesar de que el volumen de trabajadores no manuales pasó, de 1965 a 1975, del 20 al 27 por 100, su peso continuaba siendo relativamente limitado⁸. De manera que España no se convirtió en los años sesenta de ninguna forma en un país posindustrial y de clases medias. Y no es hasta finales de la década cuando por fin puede hablarse del inicio del consumo de masas en la sociedad española⁹. Pero ¿nos dicen verdaderamente tanto los índices de terciarización de un país o su caracterización o no como sociedad industrial? ¿Hasta qué punto es posible determinar, a partir de la estructura social, fenómenos políticos como la conflictividad social o la violencia?

Además de dar una importancia seguramente excesiva a la estructura social, desde las ciencias sociales demasiadas veces se ha tendido a explicar la violencia política focalizando la atención en la «estructura de oportunidades políticas», esto es, en las oportunidades y constricciones que ofrece el sistema político institucional en el que se desarrolla un actor dado (en este caso, las organizaciones armadas)¹⁰. Desde esa perspectiva se ha argumentado que las de-

⁷ Eric J. HOBBSBAWM: *Historia del siglo XX. 1914-1991*, 6.ª ed., Barcelona, Crítica, 2003, p. 305.

⁸ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 58-59.

⁹ Fundación FOESSA: *Informe sociológico sobre la situación social de España. 1970*, Madrid, Euramérica, 1970, pp. 291 y ss.

¹⁰ Se prescinde aquí de otros enfoques centrados en los condicionantes psi-

mocracias parlamentarias constituirían un terreno abonado para el despliegue inicial de la práctica armada, al tratarse de formas de gobierno sustancialmente tolerantes que tienden a ofrecer amplias libertades y, por tanto, mayores facilidades a la movilización¹¹. Así, la estabilización política y el clima general de libertad imperante en los países occidentales desde 1945 habrían favorecido el auge de la cultura inconformista y convertido esas sociedades en más vulnerables ante la violencia política, al haberse relajado la capacidad de prevención y represión del Estado¹².

También esos modelos explicativos presentan, sin embargo, algunos problemas. Una primera objeción nos la ofrece el propio ejemplo español, puesto que tanto la cultura revolucionaria como la práctica armada echaron raíces bajo el franquismo, en un contexto dictatorial bien alejado de la mayoría de regímenes parlamentarios de la Europa occidental. Ante esa evidencia se ha argumentado que no solamente las democracias liberales, sino también las dictaduras «autoritarias» con crisis de legitimidad o en proceso de liberalización serían propicias para el surgimiento de la violencia política, lo que pretendidamente encajaría con la aparición de esa forma de protesta en las postrimerías del franquismo¹³. Dejando de lado la problemática diferenciación entre regímenes «totalitarios» y «autoritarios», una vez más los hechos cuestionan la teoría: ni el franquismo estaba liberalizándose a finales de los sesenta (todo lo contrario, estaba entrando en una fase de repliegue e intensificación de la represión), ni la oposición armada a la dictadura fue exclusiva de esa época (¿cómo se explicaría, entonces, la presencia del maquis en los años cuarenta y cincuenta?).

cológicos de las personas implicadas en acciones de violencia, entre los que, sin ningún ánimo de exhaustividad, pueden destacarse las teorías de la privación relativa (cuyo máximo representante es Ted R. GURR: *Why Men Rebel*, 3.ª ed., Princeton, Princeton University Press, 1972) o autores como Walter LAQUEUR: *Terrorismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, e íd.: *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003, quien ha hecho hincapié en el fanatismo, la agresividad o la alienación de los «terroristas». Pese a su innegable influencia, ese tipo de formulaciones han tendido a ser superadas.

¹¹ Véanse, por ejemplo, en esa línea, Paul WILKINSON: *Terrorism and the Liberal State*, 2.ª ed., Nueva York, New York University Press, 1986, cap. 6, y Fernando REINARES: *Terrorismo y antiterrorismo*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 58-68.

¹² Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qa'ida*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 380 y 461.

¹³ Fernando REINARES: *Terrorismo y antiterrorismo*, pp. 63-64.

Por otra parte, ¿fueron las democracias parlamentarias posteriores a la Segunda Guerra Mundial realmente tan generosas en el reconocimiento de libertades? ¿Fueron verdaderamente tan permisivas con los «extremismos»? Bien al contrario, y a pesar de los aires democratizadores que prevalecieron en la inmediata posguerra, el clima de Guerra Fría propició un cerco cada vez mayor ya no solamente a los propugnadores o legitimadores de formas de protesta violentas, sino incluso a los que abogaban por formas de gobierno más democráticas y participativas. En esa lógica se inscribieron, aunque con acentos particulares, el «programa de fidelidad» establecido en el Reino Unido tras la contienda mundial; el llamado *Adenauererlass* (decreto Adenauer), de septiembre de 1950, que prohibía a los empleados públicos de la República Federal de Alemania (RFA) pertenecer a ciertas organizaciones políticas; la sentencia de febrero de 1954 del Tribunal de Casación de ese mismo país en la que se atribuía a la huelga un carácter violento; la ilegalización del Partido Comunista de Alemania en 1956 (impulsada por el gobierno federal ya en 1951), o la creación en Francia, en enero de 1963, del Tribunal de Seguridad del Estado. En esos mismos años emergieron con claridad, asimismo, los límites de la primavera democratizadora posterior a la derrota militar de los fascismos. Tal tendencia quedó reflejada en las diferencias entre las Constituciones francesa (1946) e italiana (1948) y la posterior Ley Fundamental de Bonn (1949), así como en la limitación o sustitución de algunos de los sistemas electorales proporcionales de la Europa continental (en la RFA en 1953, en Francia en 1958), reformas a las que en ocasiones se añadió la pérdida de efectividad de los derechos sociales constitucionalmente reconocidos¹⁴.

Igualmente, algunos de los acontecimientos políticos de los años sesenta ayudaron en gran medida a fomentar el desapego respecto a las instituciones parlamentarias. Y quizás tan importante como los hechos fue la lectura que de ellos se hizo. Situaciones como la formación de la «gran coalición» alemana de 1966-1969 hacían casi real la imagen de la «sociedad cerrada» conceptualizada —con algo

¹⁴ Sobre estos aspectos véanse Gerardo PISARELLO: *Un largo Termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*, Madrid, Trotta, 2011, cap. 4, y Luciano CANFORA: *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, Crítica, 2004, caps. 13-15.

de tino y bastante de palabrería— por Herbert Marcuse¹⁵, mientras que la guerra de Vietnam y, en general, la política exterior de Estados Unidos hicieron patente la cara más cruda, más «fea», del capitalismo. De manera similar, a medida que iba avanzando la descolonización se expandió la idea de que la opulencia de los países ricos se sustentaba en la opresión del Tercer Mundo. Fuera ello exacto o no, resultaba evidente la existencia de una grieta, de una distancia insalvable entre el discurso dominante y los hechos que éste encerraba, a lo que se sumaba la convicción, expresada por Fanon ya en 1961, de que «en la época del *sputnik* es ridículo morir de hambre»¹⁶. Precisamente la percepción de la propia opulencia en los países industrializados avanzados llevaba aparejada la convicción de que un mundo sin hambre, sin opresión, ya no era ninguna quimera, sino una meta técnicamente realizable: nos encontrábamos ante el «final de la utopía»¹⁷. Entonces más que en ninguna otra época histórica aparecía como satisfecho el requisito imprescindible para el éxito revolucionario que Kropotkin había señalado a finales del siglo XIX en *La conquista del pan*: la viabilidad material¹⁸.

Esa confluencia de percepciones (de la injusticia imperante y de la posibilidad de acabar con ella), que está en la base de la irrupción de la cultura contestataria de los años sesenta, coincidió con la forja de una cultura revolucionaria que arraigó en círculos militantes reducidos, pero de cierta importancia e influencia social. A pesar del indudable peso ejercido por las mejoras en el nivel de vida y la consolidación de la democracia parlamentaria en los países del ámbito occidental, circunstancias que parecían idóneas para impedir violencias de cualquier tipo, no eran únicamente los índices de crecimiento económico y el reconocimiento de derechos y libertades aquello que determinaba el comportamiento de los militantes que protagonizaron el auge de formas radicales de protesta desde finales de la década de los sesenta. Ejercieron gran influencia sobre éstos, por un lado, los múltiples procesos revolucionarios de descolonización, emancipación nacional y lucha antidictatorial, en especial las revoluciones china, cubana, argelina y vietnamita. Por otro

¹⁵ Herbert MARCUSE: *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 1987 [1964].

¹⁶ Frantz FANON: *Los condenados de la tierra*, México DF, FCE, 1965 [1961], p. 66.

¹⁷ Herbert MARCUSE: *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel, 1968 [1967].

¹⁸ Piotr KROPOTKIN: *La conquista del pan*, Madrid, Júcar, 1977 [1892].

lado, tanto las nuevas formulaciones de los partidos comunistas como el alejamiento del marxismo por parte de la socialdemocracia parecían dejar huérfana la causa de la revolución en unos momentos de deshielo en la Unión Soviética y de germinación de comunismos disidentes. Fue en ese marco en el que la apuesta por la violencia, también en España, volvió a tomar cuerpo. Aunque, de hecho, nunca había desaparecido del todo.

Entre las luchas antiimperialistas y la insurrección del proletariado

El afianzamiento del franquismo a partir de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta estuvo acompañado por la mengua de la guerrilla que lo había combatido desde la inmediata posguerra. Sin embargo, a pesar de la práctica desaparición de la lucha armada antifranquista, siempre a lo largo de los cuarenta años de dictadura hubo quienes estuvieron dispuestos a enfrentarse a ella con las armas.

En los medios anarcosindicalistas, después del abandono de la guerrilla por parte del sector ortodoxo de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) desde 1951, el impulso de un grupo de militantes hizo que en 1959, en el pleno celebrado en Vierzon, se aprobara por sorpresa un «dictamen secreto» según el cual se daría apoyo al grupo de Quico Sabaté para que se desplazara al interior. También a raíz del impulso de esos militantes y al calor de la reunificación entre las dos tendencias del movimiento, en el Congreso de Limoges de 1961 se creó Defensa Interior, organismo que debería reanudar el activismo armado y que estuvo detrás de la colocación de algunos artefactos explosivos a lo largo de 1962. No deja de ser significativo que los más partidarios de retomar las armas fuesen jóvenes del exilio que habían estado en contacto con viejos militantes, quienes les habían transmitido una cultura política en la que la violencia jugaba un peso importante, algo que contrastaba con la postura de los militantes del interior, mayoritariamente reacios a la vía armada¹⁹. Igualmente, el renacer del espíritu de la acción directa

¹⁹ Ángel HERRERÍN: «El recurso a la violencia en el movimiento libertario», en Javier MUÑOZ SORO, José Luis LEDESMA y Javier RODRIGO (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 231-250.

entre los exiliados anarcosindicalistas españoles se nutrió de experiencias tercermundistas, como el derrocamiento de las dictaduras de Marcos Pérez Jiménez (en Venezuela, en enero de 1958) o de Fulgencio Batista (en Cuba, justo un año después)²⁰.

Una de las organizaciones sobre las que más huella dejaron las experiencias revolucionarias del Tercer Mundo fue el Frente de Liberación Popular (FLP). La dirección del *Felipe* comparaba la economía franquista con la de los países tercermundistas, en los que las acciones armadas y el apoyo popular derribaban a gobiernos autocráticos, y veía en el fracaso de las convocatorias huelguísticas de 1958 y 1959 la confirmación de las limitaciones de la movilización pacífica. La organización debatió la creación de focos guerrilleros, así como la posibilidad de llevar a cabo un desembarco como el del Granma, y hasta llegó a realizar una compra de armamento, pero progresivamente fue abandonando la perspectiva guerrillera y dando una mayor importancia a las acciones de masas y a la acción sindical²¹.

Algo más de arraigo en la práctica tuvo la lucha armada de inspiración antiimperialista en el caso del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL), organización de carácter antifascista (antifranquista y antisalazarista) que tomó notable protagonismo a raíz del asalto al buque portugués Santa María, en enero de 1961. Anteriormente, el DRIL había hecho estallar algunas cargas explosivas en España. Uno de los artefactos, colocado el 27 de junio de 1960 en San Sebastián, provocó la muerte de una niña un día después²².

²⁰ Octavio ALBEROLA y Ariane GRANSAC: *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974)*, Barcelona, Virus, 2004, caps. 1-2.

²¹ Julio Antonio GARCÍA ALCALÁ: *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 101-113, y Eduardo G. RICO: *Queríamos la revolución. Crónicas del Felipe (Frente de Liberación Popular)*, Barcelona, Flor del Viento, 1998, pp. 91-93.

²² Pese a que en ocasiones se ha atribuido esa muerte a ETA, hay muy pocas dudas sobre la autoría del DRIL. La prensa del momento (*Le Monde*, 30 de junio de 1960, p. 5) así lo consignó, y años después uno de los principales activistas de la organización, José Fernandes, lo confirmaría. Véase José SOTOMAYOR [José Fernandes]: *Yo robé el Santa María*, Madrid, Akal, 1978, p. 86. Véase también Xurxo MARTÍNEZ CRESPO: «Biografía de José Fernandes “Comandante Soutomaioir”», en José FERNANDES: *24 homens e mais nada. A captura do Santa María*, Santiago de Compostela, Abrente, 2010, p. 24.

También desde el nacionalismo vasco se tuvo muy presente el referente anticolonialista. Tras su nacimiento como organización en 1959, se produjo en el seno de Euskadi ta Askatasuna (ETA), entre 1962 y 1965, una progresiva adopción del tercermundismo y de la estrategia guerrillera. Tuvo un importante papel en ese proceso la difusión —con el seudónimo de Sarrailh de Ihartza— de los textos de Federico Krutwig *Vasconia* y *La insurrección en Euskadi*. Tras un periodo de vivo debate interno, las tesis tercermundistas terminaron por imponerse en la V Asamblea (diciembre de 1966-marzo de 1967), en la que fue adoptado, asimismo, el «nacionalismo revolucionario» de Mao, que daba pie a la puesta en práctica del principio acción-reacción-acción. La aparente coincidencia entre la caracterización del País Vasco como país ocupado hecha por la organización y la política de opresión franquista hacía casi verosímil el «espejismo colonial» y contribuyó a su afianzamiento²³.

Ascendente maoísta y símil colonial estuvieron igualmente presentes en las dos organizaciones de izquierda revolucionaria de ámbito español que más ahondarían en la práctica armada: el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)] y la Organización de Marxistas Leninistas Españoles (OMLE), posteriormente Partido Comunista de España (reconstituido) [PCE(r)]. Tanto la «dominación yanqui» como la necesidad de una «guerra popular» —concepto de resonancias maoístas— constituyeron dos de los principales ejes sobre los que se articuló ideológicamente el PCE(m-l)²⁴, hasta el punto de que, como recordaba un exmilitante de primera hora sobre su «personal visión tercermundista», ésta era, «por encima de todo, antiimperialista más que anticapitalista»²⁵. El mimetismo con las experiencias china y albanesa llevaría al partido a impulsar el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), formalmente constituido en 1973 y que, en realidad, era una mera pantalla del PCE(m-l). Por su parte, la

²³ Gurutz JAUREGUI: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI, 1981, cap. 13.

²⁴ Ana DOMÍNGUEZ RAMA: «¿Revolución o reconciliación? Orígenes y conformación del Partido Comunista de España (marxista-leninista)», en Manuel BUENO (coord.): *Comunicaciones del II Congreso de Historia del PCE: de la resistencia antifranquista a la creación de Izquierda Unida. Un enfoque social* [cd-rom], Madrid, FIM, 2007, pp. 13-15.

²⁵ Lorenzo PEÑA: *¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui! Anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario*, Brenes, Muñoz Moya, 2011, p. 95.

OMLE ponía el acento en la necesidad de creación de un «frente popular antifascista y antimonopolista»²⁶. Anidaba en ambas formaciones un evidente nacionalismo español, que tomaba como referente los símbolos republicanos y buscaba fundamentarse en su carácter popular²⁷.

Especial influencia sobre las organizaciones de la izquierda radical española ejerció la profusión de experiencias armadas en América Latina, aunque las teorizaciones y el debate sobre las condiciones para el arraigo de la guerrilla que las acompañaron tuvieron aquí un eco mucho menor. Las tesis del Che y de Régis Debray, difusores del foquismo, habían encontrado allí su reverso en el *Mini-manual del guerrillero urbano*, del brasileño Carlos Marighella²⁸, y una contestación frontal por parte de autores como Abraham Guillén. Si para los primeros la guerrilla, concebida como vanguardia del movimiento, podía crear las condiciones para el éxito revolucionario y tenía razón de ser únicamente en contextos rurales de países subdesarrollados²⁹, Guillén veía un contrasentido en esta última pretensión, al estar concentrándose la población —y, por tanto, las contradicciones económicas, políticas y sociales— en las grandes ciudades, a la vez que criticaba el vanguardismo y la preocupación exclusivamente militar y táctica inherentes a la teoría del «foco»³⁰.

A todos esos referentes se sumaba, por otra parte, una lectura marxista que entendía que cuando la revolución no se plantea

²⁶ Lorenzo CASTRO MORAL: «La izquierda armada: FRAP y GRAPO», en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (ed.): *Políticas del miedo. Un balance del terrorismo en Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 334-336.

²⁷ Significativamente, un exmilitante del PCE(r) refiere la inculcación de la «sacrosanta unidad de España» en las formaciones del partido. Véase Félix NOVALES: *El tazón de hierro. Memoria personal de un militante de los GRAPO*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 51. Y un buen ejemplo del nacionalismo español subyacente en los militantes del PCE(m-l) puede encontrarse en Lorenzo PEÑA: *¡Abajo la oligarquía!...*

²⁸ El *minimanual* de Marighella se publicaría en 1969, tras el fracaso de la experiencia boliviana y el asentamiento de las primeras bases guerrilleras en Brasil. El texto tomaría fama mundial y sería rápidamente traducido a multitud de idiomas. En castellano pudo encontrarse bien pronto dentro de Carlos MARIGHELLA: *Acción libertadora*, París, François Maspero, 1970.

²⁹ Ernesto GUEVARA: *La guerra de guerrillas*, Madrid, Júcar, 1977 [1960], y Régis DEBRAY: *¿Revolución en la revolución?*, Cochabamba, Oficina de Poligrafiados de la Universidad, s. f. [1966].

³⁰ Véanse sus principales tesis en Abraham GUILLÉN: *Estrategia de la guerrilla urbana*, Montevideo, Manuales del Pueblo, 1966, e *íd.*: *Desafío al Pentágono. La guerrilla latinoamericana*, Montevideo, Andes, 1969.

«con pleno radicalismo, *hasta el fin*, el movimiento revolucionario no logra conseguir sus auténticos objetivos»³¹. Ese tipo de planteamiento, que remitía a la polémica entre mencheviques y bolcheviques durante la revolución rusa de 1905³² o a las proclamas de Mao en el tramo final de la guerra civil china³³, se combinaba con la tendencia a poner en primer plano la inevitabilidad de la violencia para poner fin a la sociedad de clases. Se asumía —de esa manera lo formulaba la OMLE— que «las guerras serán inevitables mientras exista el capitalismo, mientras la sociedad continúe dividida en clases, mientras exista la explotación del hombre por el hombre»³⁴, así como la consiguiente —e ineludible— reivindicación de la insurrección armada. Según el órgano de expresión del Partido Comunista de España (internacional) [PCE(i)], la organización de la violencia había sido «históricamente la base de todas las conquistas del proletariado»³⁵. Puesto que la lucha de clases no podía entenderse sin violencia, la renuncia a ella era percibida como un signo inequívoco de revisionismo, de abandono de los postulados del marxismo. Dejar de lado la violencia implicaba dejar de lado la causa de la clase trabajadora³⁶.

La situación política internacional brindaba también un pretexto para esas críticas. Por una parte, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y la desestalinización fueron interpretados como una marcha atrás en la construcción del so-

³¹ «Revolución hasta el fin. (Prólogo inédito del mamotreto del mismo título, Barcelona, 1970-1971)» (borrador). El texto *Revolución hasta el fin* fue elaborado principalmente por Santi Soler Amigó por encargo de Plataformas de Comisiones Obreras, fruto de la voluntad de éstas de dotarse de una fundamentación teórica antivanguardista, e intentaba a tal fin plantear una alternativa al leninismo desde el marxismo revolucionario. Sergi ROSÉS CORDOVILLA: *El MIL: una historia política*, Barcelona, Alikornio, 2002, pp. 69-72.

³² Vladímir Ilich LENIN: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Moscú, Progreso, 1977 [1905].

³³ MAO TSE-TUNG: «Llevar la revolución hasta el fin» [1948], en *Obras escogidas de Mao tse-tung*, t. IV, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976, pp. 311-320.

³⁴ ÁLVAREZ: «Las guerras justas y las injustas», *Bandera Roja*, 3 (junio-julio de 1969), p. 4.

³⁵ «La base de una práctica revolucionaria: organizar la violencia del proletariado», *Mundo Obrero* (segunda quincena de marzo de 1968), p. 11.

³⁶ Elena ÓDENA: «Editorial», *Revolución Española*, 1 (cuarto trimestre de 1966), p. 3.

cialismo. Por otra, la política de «coexistencia pacífica» puesta en práctica por Jruschov y heredada por Bréznnev a partir de 1964, así como el escenario de *détente* resultante, eran vistos como una renuncia al carácter de clase de la Guerra Fría y como una concesión a la política imperialista de Estados Unidos con el interés de impedir el desarrollo de las luchas revolucionarias y de liberación nacional³⁷. En España, el grueso de las críticas se las llevaba la política de «reconciliación nacional», proclamada por el Partido Comunista de España (PCE) en 1956. Al propugnarse en ella la supresión de la dictadura por vía pacífica, la declaración habría dado paso —similarmente a lo ocurrido en el marco del enfrentamiento bipolar— a una distensión o aflojamiento de la lucha antifranquista. Desde la óptica de quienes hacían la crítica, lo importante era que el PCE había dejado atrás una de las ideas fuerza del imaginario comunista, el asalto al poder a través de la insurrección armada (como de hecho ya había demostrado en la práctica la retirada del apoyo prestado al maquis). Si el PCE y los partidos comunistas de la Europa occidental parecían estar apartando progresivamente tanto la noción de *dictadura del proletariado* como la de *dominación*, así como poniendo el acento cada vez más en la lucha por la *hegemonía*, desde las organizaciones de izquierda revolucionaria la tendencia era la contraria. Tal como proclamaba el texto de referencia del PCE(i) sobre la práctica insurreccional: «En general, *las formas de dominio preceden y condicionan a las formas de hegemonía*»³⁸.

Los acontecimientos de mayo y junio de 1968 en Francia desempeñaron un papel medular en la consolidación de todas esas lecturas. Dado que se asumía la existencia de unas condiciones «objetivas» para el triunfo del movimiento revolucionario, como parecía corroborar la amplitud de las protestas, la explicación de su fracaso se hacía bascular entre dos polos. Por un lado, la ausencia de una fuerte organización que hubiese coordinado y centralizado la lucha. Y por el otro, y más importante si cabe, la demostración por parte del Estado de que no estaba dispuesto a ceder el poder ante ningún movimiento huelguístico, por más amplio que fuera. El empeño re-

³⁷ De esa manera lo conceptualizaba, por ejemplo, el PCE(m-l). Véase Ricardo CASTILLA: «Yanquis y jruschovistas, “levantan la piedra”», *Vanguardia Obrera*, 30 (noviembre de 1967), p. 8.

³⁸ «La base de una práctica revolucionaria: organizar la violencia del proletariado», *Mundo Obrero* (segunda quincena de marzo de 1968), p. 11.

volucionario francés había sido derrotado, en última instancia, porque no había desarrollado formas de lucha suficientemente combativas para hacer frente a la implacable represión estatal. Entonces más que nunca, la insurrección armada aparecía como «una necesidad ineludible para hacer culminar el proceso revolucionario en la toma activa del poder», según plasmaba un documento político de julio de 1968 de la Comisión Central del PCE(i)³⁹.

Conclusiones parecidas se extrajeron de experiencias posteriores, como el otoño caliente italiano de 1969 —del que emergió la consigna «*Mai più senza fucile*» (*Nunca más sin fusil*)—⁴⁰ o, sobre todo, el golpe de Estado de septiembre de 1973 contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile⁴¹. Pero la implacable represión estatal no solamente intervino en las formulaciones políticas de la izquierda radical española en cuanto imagen, en cuanto percepción de los acontecimientos políticos acaecidos en otras latitudes, sino también como experiencia vivida. Y ello influyó tanto en el despegue como, posteriormente, en la consolidación de la escalada de activismo armado a la que habría que hacer frente el franquismo desde finales de los años sesenta y hasta sus últimos días.

La dinámica armada

Además de la existencia de un imaginario colectivo, de una cultura revolucionaria que tenía entre sus rasgos definitorios la legitimación —y necesidad— de la vía armada, la puesta en práctica efectiva de formas de protesta violentas se articuló en España —como en otros sitios— a partir de la experiencia concreta, de la dinámica política propia de las organizaciones armadas y su rela-

³⁹ «Sobre la lucha de clases y la insurrección armada», *Mundo Obrero* (diciembre de 1968), p. 11.

⁴⁰ La importancia de esa consigna y del *autunno caldo* —así como de otras experiencias del momento— para el arraigo de la percepción de la inevitabilidad de la práctica armada queda bien reflejada en Jann-Marc ROUILLAN: *De memoria (I). Los comienzos: otoño de 1970 en Toulouse*, Barcelona, Virus, 2009, pp. 125-126.

⁴¹ En los círculos de simpatizantes de la OMLE, por ejemplo, el golpe chileno fue interpretado como la corroboración de las tesis de la organización, que mantenía la imposibilidad de alcanzar por la vía electoral los objetivos proclamados por Allende. Véase FRANCISCO BROTONS: *Memoria antifascista. Recuerdos en medio del camino*, s. l., Miatzen, 2002, pp. 116-118.

ción con el Estado. Al mudar internamente esas organizaciones a raíz de su interacción con la represión, toma especial importancia, en este terreno, el análisis del aspecto organizativo o de la dinámica organizacional. Igualmente, se impone una aproximación cronológica, toda vez que los acontecimientos se fueron sucediendo encadenados los unos con los otros y en constante progresión.

Por lo que respecta a la dinámica política, la radicalización de finales de la década de los sesenta fue la culminación de un proceso que había ido gestándose en los años precedentes y que tuvo mucho que ver con el «salto adelante» que quiso darse después de los primeros éxitos de calado cosechados por la movilización antifranquista. Tanto la creación de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes como, en menor medida, la elección de candidatos de la oposición en las elecciones sindicales de 1966 vislumbraban los logros del paso de un antifranquismo político, sostenido desde la militancia en organizaciones políticas o sindicales clandestinas, a un antifranquismo social, en el que los movimientos sociales se convirtieron en actores políticos centrales⁴². Pero ambas consecuencias, tanto las estudiantiles como las obreras, podían ser leídas también como el agotamiento de una vía, la de la movilización, que el régimen puso todos los medios para abortar rápidamente y de manera tajante.

La represión desplegada por el franquismo, especialmente desde 1967, no solamente se evidenció como un recurso baldío ante la propagación de la contestación, sino que, además, contribuyó a la radicalización de las formas de protesta que se habían ido implantando en círculos militantes reducidos, aunque cada vez más numerosos. El proceso de radicalización, pues, estuvo en buena medida marcado por la relación mantenida con el Estado, interacción que contribuyó a la reafirmación de esos núcleos en la senda que habían tomado, en la necesidad de «dar la merecida réplica masiva a las brutalidades de la dictadura y sus cuerpos terroristas»⁴³. Fue

⁴² Véanse, sobre esos cambios, las aportaciones de Xavier DOMÈNECH: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Catarata, 2008, y Sergio RODRÍGUEZ TEJADA: *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, 2 vols., Valencia, PUV, 2009.

⁴³ «¡Contra el paro y la congelación de los salarios; contra los infames acuerdos yanqui-franquistas; por la independencia nacional!», *Vanguardia Obrera*, 36 (mayo de 1968), p. 1.

en ese contexto en el que algunas organizaciones dieron un paso más allá de las «manifestaciones relámpago», los «saltos» (interrupciones del tráfico), los destrozos y los enfrentamientos con la policía, y empezaron a llevar a cabo atentados contra edificios y monumentos, así como asaltos para financiarse, evolución que ejemplifica a la perfección la trayectoria del PCE(i) hasta la escisión en 1971 del núcleo que daría lugar al PCE(i)-línea proletaria, de orientación más radical⁴⁴.

La organización que más profundizó en la práctica de la violencia en esa coyuntura fue sin duda ETA. La penetración en su seno de la doctrina de la «guerra revolucionaria» se tradujo en el intento de puesta en práctica de una espiral acción-represión-acción a partir de 1967, con la realización de una serie de atracos a los que siguió, en los primeros meses del año siguiente, la colocación de explosivos en algunos lugares emblemáticos. Progresivamente se fue percibiendo entonces en el País Vasco un importante incremento de la tensión política, situación que desembocaría en las muertes, el 7 de junio de 1968, del guardia civil José Pardines y del militante de ETA Txabi Etxebarrieta, así como en el atentado mortal, el 2 de agosto, contra el jefe de la Brigada de Investigación Social de San Sebastián, Melitón Manzananas⁴⁵.

La reacción del franquismo ante esas muertes, plasmada en un mayor protagonismo de la jurisdicción militar, una mayor dureza policial y un refuerzo de las tareas de información, tuvo uno de sus momentos culminantes en el consejo de guerra celebrado en Burgos en diciembre de 1970. Sin embargo, el proceso de Burgos no solamente no consiguió sofocar a ETA, sino que propició importantes protestas que señalaron un paso adelante —tanto cuantitativa como cualitativamente— de la oposición a la dictadura. Al mismo tiempo, al calor de las movilizaciones contra el juicio, algunas organizaciones

⁴⁴ José Luis MARTÍN RAMOS: «Los orígenes de una nueva formación», en *id.* (coord.): *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 40-43 y 68-71.

⁴⁵ Para seguir la evolución de la organización armada *abertzale* a partir de ese momento véanse, especialmente, Francisco LETAMENDÍA: *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, vol. I, *Introducción a la historia del País Vasco. ETA en el franquismo (1951-1976)*, San Sebastián, R&B, 1994; Jose Mari GARMENDIA: *Historia de ETA*, vol. II, San Sebastián, Haranburu, 1980, y Gurutz JÁUREGUI: «ETA: orígenes y evolución ideológica y política», en Antonio ELORZA (coord.): *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2006, pp. 173-270.

profundizaron en su proceso de radicalización. Muestra de esto último, el 7 de marzo de 1971 un guardia civil perdía la vida en Barcelona fruto de la colocación de una carga explosiva en una oficina de la Diputación. La acción fue obra del Front d'Alliberament Català (FAC), organización independentista informalmente constituida en 1969 y que entre entonces y finales de 1971 estuvo detrás de cerca de un centenar de pequeñas deflagraciones. Posteriormente, el FAC convergería con un núcleo de militantes que había adoptado el nombre de Izquierda Revolucionaria⁴⁶. En una acción parecida a la de Barcelona, el 2 de noviembre de 1972 un incendio provocado por el Colectivo Hoz y Martillo en el consulado francés en Zaragoza, en protesta contra el creciente hostigamiento a los refugiados vascos en Francia, provocó la muerte (el día 7) del cónsul, Roger Tur⁴⁷. Y dando continuidad a esa progresión de los acontecimientos, el 1 de mayo de 1973 un agente de la Policía Armada moría agredido por miembros del Comité pro FRAP de Madrid en el transcurso de una manifestación convocada en la plaza Antón Martín.

También por las fechas del proceso de Burgos, y coincidiendo asimismo con la huelga de la Harry Walker en Barcelona, uno de los núcleos que posteriormente integraría el Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Combate (MIL-GAC) realizó sus primeras acciones armadas. Igualmente, en la línea de los planteamientos surgidos durante el conflicto en la factoría barcelonesa⁴⁸, un folleto editado poco después y titulado *La lucha contra la represión: la policía y sus métodos, las medidas de seguridad, la contra-represión*, formulaba de manera explícita, desde un marxismo de corte «antiautoritario» o heterodoxo, la necesidad de llevar a cabo acciones violentas contra el capital⁴⁹. Partiendo de parecidos postulados, entre verano-otoño de 1972 y la primavera de 1973 el MIL-GAC —conocido periodísticamente como «la banda de las Sten»— llevaría a cabo la mayoría de sus asaltos. No sería hasta entonces, coincidiendo con esa escalada activista, cuando el grupo teorizaría su adopción de la *agitación armada*, concepto que era vinculado

⁴⁶ Jordi VERA: *La lluita armada als Països Catalans. Història del FAC*, Sant Boi de Llobregat, Lluita, 1985, pp. 11-13 y 28-32.

⁴⁷ Alberto SABIO: *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 157-165.

⁴⁸ *Harry-Walker: 62 días de huelga*, Barcelona, Trabajadores de Harry-Walker, 1971, pp. 40-41.

⁴⁹ Sergi ROSÉS CORDOVILLA: *El MIL...*, pp. 76, 89-91 y 95-101.

a una «concepción proletaria de la violencia» opuesta a la «pequeño-burguesa» propia de los grupos «militaristas» que practicaban la *lucha armada*⁵⁰. Aunque mucho menos conocidos, casi más activos que el MIL-GAC fueron los grupos autónomos —o grupos autónomos revolucionarios— bautizados por la policía como Organizació de Lluita Armada (OLLA), que, desde el ámbito de la autonomía obrera, protagonizaron varias acciones («expropiaciones» y ataques contra comisarías y monumentos) desde el otoño de 1972 hasta 1974, momento en el que fueron prácticamente desarticulados⁵¹.

Paralelamente a la escalada activista posterior al consejo de guerra de Burgos, también la represión —especialmente la policial— experimentó una intensificación. Ejemplos paradigmáticos de ello fueron los casos de Cipriano Martos, militante del FRAP muerto en septiembre de 1973 después de haber sido obligado a ingerir el contenido de un cóctel molotov durante su detención a manos de la Guardia Civil, y de Salvador Puig Antich, del MIL-GAC, agarrado el 2 de marzo de 1974. Esa vigorización de la violencia estatal no haría otra cosa que favorecer la reafirmación en sus postulados de los grupos y organizaciones que se habían aproximado a la práctica armada, así como la germinación de nuevas experiencias⁵².

El problema para esas formaciones radicaba en que cada vez se acentuaba más la contradicción entre la apuesta por la rígida clandestinidad que exigía la represión subsiguiente a las acciones armadas, por una parte, y la política de mayorías que se encontraba detrás del auge de la movilización social, por la otra. Fue en buena medida esa discordancia, en concreto las tensiones internas derivadas de las consecuencias de los atentados, la que precipitó el desgajamiento de ETA(V) de su Frente Obrero, en junio de 1974 (lo que

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 146-156.

⁵¹ Joni D.: *Grups autònoms. Una crònica de la Transacció democràtica*, Barcelona, El Lokal, 2013, pp. 49-51 y 66-74.

⁵² Fue el caso de los grupos autónomos articulados desde finales de 1973 en solidaridad con los miembros del MIL-GAC detenidos, que actuaron bajo las siglas de Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista (GARI) y de Grupos Autónomos de Intervención (GAI). Véase Telesforo TAJUELO: *El Movimiento Ibérico de Liberación, Salvador Puig Antich y los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista. Teoría y práctica. 1969-1976*, París, Ruedo Ibérico, 1977, cap. 4, y Miguel Ángel MORENO PATIÑO: «Recuerdos y reflexiones sobre los GARI», en Miquel AMORÓS et al.: *Por la memoria anticapitalista. Reflexiones sobre la autonomía*, 2.ª ed., s. l., Klinamen, 2009, pp. 293-356.

no puede dejar de ser contemplado como un paso atrás en la implantación de la organización, puesto que había sido precisamente la creación de los frentes a finales de los sesenta lo que le había permitido penetrar en el mundo laboral y «salir del gueto»⁵³. En la posterior escisión, el mes de octubre, entre ETA-militar (ETA-m) y ETA-politicomilitar (ETA-pm), el debate organizativo fruto de las contradicciones entre lucha armada y acción política tuvo también una notable importancia, como estuvo presente, aunque bajo otros presupuestos ideológicos, en la autodisolución del MIL-GAC en agosto de 1973.

Precisamente ETA estaba experimentando por aquellos mismos años una evolución parecida a la ya descrita en otras formaciones. Tras el relativo letargo en que había quedado sumida la organización durante el proceso de Burgos y la escisión, a principios de 1971, de la llamada VI Asamblea, ETA(V) inició entre 1971 —año en el que confluyó con Euzko Gaztedi Indarra (EGI), las juventudes del Partido Nacionalista Vasco (PNV)— y 1972 una reorganización y robustecimiento internos que la llevaron a un creciente activismo, coincidiendo con «un anquilosamiento casi total de su actividad teórica y doctrinal»⁵⁴. La respuesta que la dictadura ensayó entonces contra la organización *abertzale* —respuesta caracterizada por unas prácticas cada vez más brutales— contribuyó al afianzamiento de una espiral que tuvo una de sus cimas en la muerte a tiros del líder del Frente Militar de ETA(V), Eustakio Mendizábal, *Txikia*, en abril de 1973, y su culminación —y punto de difícil retorno— en el atentado de la cafetería Rolando, cercana a la madrileña Puerta del Sol, en septiembre de 1974. Entre ambos acontecimientos, en diciembre de 1973 ETA(V) llevaría a cabo una de sus acciones más espectaculares: el atentado mortal contra el presidente del gobierno, Luis Carrero Blanco. A lo largo de ese periodo, tanto los aparatos del Estado como la organización armada subieron un peldaño en su enfrentamiento, de manera que los atentados mortales a cargo de ETA y las muertes de militantes suyos a tiros de policías entraron a formar parte de la normalidad. En total, entre principios de 1972 y finales de 1974, ocho militantes y dos exmilitantes de la organización armada perecieron a manos de fuerzas policiales, mientras que veintitrés personas (trece de

⁵³ Jose Mari GARMENDIA: *Historia de ETA*, vol. II, p. 14.

⁵⁴ Gurutz JÁUREGUI: «ETA: orígenes...», p. 260.

ellas en el atentado de la cafetería Rolando) murieron en acciones de ETA(V) y ETA-pm.

Esa dinámica se exacerbaría todavía más durante el último año de vida de Franco, en una tesitura de creciente contestación social a la que la dictadura respondió con la máxima contundencia. Así lo atestiguó el estado de excepción decretado a finales de abril de 1975 en Guipúzcoa y Vizcaya, medida a la que se añadía el auge de la violencia parapolicial. En ese contexto, las organizaciones armadas *abertzale* —en especial ETA-m— agudizaron su ofensiva armada, con el resultado de ocho muertos (cinco policías y tres personas acusadas de confidentes policiales) entre los meses de mayo y agosto. El régimen reaccionó entonces con una nueva exacerbación de la represión: en agosto promulgó el Decreto-ley 10/1975, sobre prevención del terrorismo, y el 27 de septiembre ejecutó cinco de las once penas de muerte dictadas contra militantes de ETA y del FRAP en represalia contra los atentados mortales de los meses anteriores.

1975 fue asimismo decisivo para otras organizaciones. En cuanto al FRAP, desde principios de año se encontraba inmerso en un proceso de intensificación del activismo que lo llevó a realizar sus primeros atentados mortales con arma de fuego contra agentes policiales (el 14 de julio, el 16 de agosto y el 14 de septiembre), con el objetivo de extender las acciones armadas más allá del País Vasco⁵⁵. Sin embargo, la «nula preparación técnica» y la «falta total de infraestructura para resguardarse de las acciones de la policía» contribuyeron a formar «verdaderos batallones de kamikazes»⁵⁶, y los atentados terminaron por precipitar numerosas detenciones y algunas condenas de muerte. También el PCE(r) llevaría a cabo en esa tesitura sus primeras acciones mortales. El 3 de agosto, el ataque de la Sección Técnica del partido contra una pareja de guardias civiles en Madrid acabó con la vida de uno de ellos, y el 1 de octubre, ya tras los fusilamientos de los cinco militantes antifranquistas, cuatro policías fueron muertos en ataques coordinados, también en Madrid, acción que dio pie a la adopción del nombre de Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO). Por úl-

⁵⁵ EQUIPO ADELVEC: *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Vanguardia Obrera, 1985, p. 123.

⁵⁶ Alejandro DIZ: *La sombra del FRAP. Génesis y mito de un partido*, Barcelona, Ediciones Actuales, 1977, pp. 97 y 104.

timo, todavía otra organización, la Unión do Povo Galego (UPG), se incorporó entre finales de 1974 y 1975 al activismo armado con el apoyo de ETA-pm⁵⁷.

Los ecos de la dinámica de violencia —tanto insurreccional como institucional— que imperó en los últimos compases de vida de Franco se dejarían sentir más allá de la muerte del *Caudillo*. Tras la coronación de Juan Carlos, ETA-m mantuvo su línea de atentados mortales selectivos contra confidentes policiales y guardias civiles (ocho personas morirían en acciones de los milis entre el 24 de noviembre de 1975 y el 11 de abril de 1976). La sucesión de actos de violencia posterior a la muerte de Franco llegaría a su punto álgido en abril de 1976. El día 8 de ese mes aparecería sin vida el cuerpo de Ángel Berazadi, empresario secuestrado por ETA-pm el 18 de marzo y tras cuya muerte volvió a arreciar la violencia ultrafranquista y parapolicial. Por otra parte, acontecimientos como la matanza de Vitoria, el 3 de marzo, o los sucesos acontecidos durante la romería de Montejurra, el 9 de mayo, contribuían a dar la imagen de que muy pocas cosas habían cambiado en materia de orden público⁵⁸. La lectura de los hechos del 3 de marzo que hicieron algunos sectores del movimiento obrero vitoriano da cuenta de su radicalización: «Frente a un enemigo armado hasta los dientes no podemos ir con las manos en los bolsillos, con una piedra en la mano o con un tiragomas. Ellos nos han demostrado que jamás cederán y que morirán matando. Esto nos descubre que el triunfo total vendrá el día que todo el pueblo luche, y luche unido, pero también armado»⁵⁹. Asimismo, los sucesos de Vitoria estuvieron en la base de la «rabia» de la que surgieron los comandos autónomos dados a conocer en 1978⁶⁰. Anteriormente, el 5 de agosto de 1976, un

⁵⁷ Fermi RUBIRALTA: *De Castelao a Mao. O novo nacionalismo radical galego (1959-1974): orixes, configuración e desenvolvemento inicial da UPG*, Santiago de Compostela, Laiovento, 1998, p. 188.

⁵⁸ Cuarenta y ocho personas murieron a lo largo de 1976 y 1977 (veinticuatro cada año) a manos de los cuerpos policiales, según el recuento de Sophie BABY: *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 329.

⁵⁹ GASTEIZ [Xabier SÁNCHEZ ERAUSKIN]: *Vitoria. De la huelga a la matanza*, París, Ruedo Ibérico, 1976, p. 208.

⁶⁰ COMANDOS AUTÓNOMOS: *Un anticapitalismo iconoclasta*, Bilbao, Likiniano Elkarte, 1996, p. 10.

vigilante jurado murió durante el asalto a una entidad de ahorros en Madrid, acción atribuida a un grupo autónomo⁶¹.

Entre finales de 1976 y principios de 1977 serían los GRAPO los que tomarían un especial protagonismo. El 11 de diciembre, coincidiendo con la campaña del referéndum del Proyecto de Ley para la Reforma Política, impulsado por Adolfo Suárez tras su elección como presidente del gobierno en el mes de julio, la organización armada secuestraría al presidente del Consejo de Estado, el tradicionalista Antonio María de Oriol y Urquijo. A ese rapto se sumaría, el 24 de enero de 1977 —en plena «semana negra»—, el del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, Emilio Villaescusa, así como las muertes de tres agentes policiales en Madrid el día 28⁶². Más allá de las posibles infiltraciones en su seno, esas acciones revelaban sobre todo el peculiar análisis de la realidad y el aislamiento en que vivía el PCE(r)/GRAPO no solamente respecto a la mayoría de la población, sino también respecto al antifranquismo⁶³.

Liberados los secuestrados el 11 de febrero de 1977, la atención política se centró en el País Vasco. Con el objetivo de que la actividad de las organizaciones armadas *abertzale* no empañara la materialización del cambio político, desde finales de 1976 el gobierno había mantenido interlocución con ETA-pm, y en algún momento se entró también en contacto con ETA-m y con la Coordinadora Abertzale Sozialista (KAS), que reunía a las organizaciones del independentismo revolucionario vasco⁶⁴. Las conversaciones se tam-

⁶¹ Joni D.: *Grups autònoms...*, p. 30.

⁶² Sobre los secuestros véanse *Operación Cromo. Informe oficial de los GRAPO*, Madrid, Grupos de Resistencia Antifascista 1.º de Octubre, 1977; Alberto RINCÓN [seudónimo colectivo]: *Oriol: más que un secuestro*, Madrid, Sedmay, 1977, y Rafael GÓMEZ PARRA: *GRAPO: los hijos de Mao*, Madrid, Fundamentos, 1991. Asimismo, para seguir la trayectoria de la organización véanse tanto esta última aportación como, desde una perspectiva interna, Juan GARCÍA MARTÍN: *Historia del PCE(r) y de los GRAPO*, Madrid, Contra Canto, 1984.

⁶³ El aislamiento de los militantes de la organización y la peculiar personalidad de su líder, Manuel Pérez Martínez, *camarada Arenas*, quedan bien reflejados en el relato en primera persona de Félix NOVALES: *El tazón de hierro...*

⁶⁴ José María PORTELL: *Euskadi: amnistía arrancada*, Barcelona, Dopesa, 1977, caps. 1 y 12; Ángel UGARTE y Francisco MEDINA: *Espía en el País Vasco*, 2.ª ed., Barcelona, Plaza & Janés, 2005, pp. 216-286, y Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 156-158.

balearon en marzo de 1977, tras la muerte de dos militantes de ETA-pm en un control de carretera y el simultáneo tiroteo mortal contra un guardia civil (se trataba de la primera muerte a manos de una organización vasca desde el atentado del 4 de octubre de 1976 contra el presidente de la Diputación de Guipúzcoa y consejero del Reino, Juan María Araluce). Pese a mantenerse los puentes de contacto, las cinco muertes que dejó en las calles del País Vasco la actuación policial durante la semana proamnistía convocada en mayo de 1977 encenderían los ánimos entre los sectores más reacios a la negociación y a abandonar las armas, entre ellos los comandos Berezi —recién escindidos de ETA-pm—, que el día 18 mataron a un agente de la Policía Armada y dos días después secuestraron al empresario Javier de Ybarra. Poco antes, el 9 de mayo, el también empresario Josep Maria Bultó había muerto al intentar deshacerse del explosivo que militantes de una organización independentista catalana a la que la policía se referiría como *Exèrcit Popular Català* (EPOCA) —responsable asimismo de la muerte de un policía en septiembre de 1975— le habían adosado al cuerpo⁶⁵.

El régimen franquista parecía al fin, pero la práctica armada que lo había combatido desde finales de los años sesenta no desaparecería con él, sino que, aunque con otras dinámicas y apoyos más reducidos, persistiría —y se exacerbaría— bajo la democracia parlamentaria.

Conclusiones

Aunque el contexto socioeconómico y las constricciones propias de una dictadura hacían supuestamente de la España de finales de la década de los sesenta un terreno poco favorable para el arraigo de la práctica armada, florecieron por aquellos años, como lo hicieron en tantas otras partes del planeta, proyectos políticos que contemplaban la violencia como uno de los instrumentos centrales para la consecución de sus objetivos revolucionarios. Intervino en esa apuesta, por una parte, el arraigo de una cultura revolucionaria que bebía tanto de las experiencias guerrilleras de

⁶⁵ Ferran DALMAU y Pau JUVILLÀ: *EPOCA, l'exèrcit a l'ombra*, Lleida, El Jonc, 2010, pp. 67-70 y 88-91.

carácter antiimperialista, de liberación nacional o antidictatorial que se habían propagado por la geografía mundial en los años precedentes, como de los referentes ideológicos emancipatorios de principios de siglo xx. Cabe destacar en ese terreno que, si bien la militancia de las organizaciones que se acercaron al activismo armado durante los últimos años del franquismo se mantuvo dentro de unos márgenes relativamente reducidos —especialmente fuera del País Vasco—, la justificación teórica de la violencia abarcaba un espectro más amplio, también limitado pero de cierto peso dentro del antifranquismo. Se encontraban en él tradiciones políticas diversas, aunque con un denominador común: su entroncamiento con experiencias insurreccionales pasadas, en las que se reflejaban. La práctica armada de los años sesenta y setenta no constituyó, pues, una nueva ola, sino, en todo caso, una ola que venía de lejos y que se entremezclaba con sus predecesoras, de la misma manera que la «nueva» izquierda que había emergido entre los cincuenta y los sesenta no era de hecho tan nueva.

Por otra parte, para explicar el momento del salto al activismo armado y los ritmos de su ejercicio resulta necesario acudir a la dinámica política de las organizaciones que tomaron ese camino —considerada dentro de la dinámica general del antifranquismo y de las corrientes de izquierda revolucionaria en particular—, así como a las interacciones de esas organizaciones con la política estatal, en especial en su vertiente represiva. En su necesidad de protegerse de la represión —con la que se alimentaron mutuamente—, se impuso en muchas de esas organizaciones una muy rígida clandestinidad que las alejaba de la política de mayorías en la que los movimientos sociales antifranquistas estaban sustentando su crecimiento. Fueron precisamente las contradicciones entre la práctica armada y la acción abierta propia de los movimientos sociales lo que, muy a menudo, hizo difícil la convivencia, bajo un mismo techo organizativo, de ambas vías. Y he aquí la mayor debilidad de las organizaciones que tomaron las armas: la dinámica divergente con la movilización antifranquista, circunstancia que pudo vislumbrarse ya antes de la muerte de Franco, pero que tomaría especial relieve a raíz de la explosión contestataria que siguió a la muerte del dictador. Protestas que terminarían por forzar la progresiva renuncia de las elites franquistas a la perpetuación, bajo otras formas, del régimen del 18 de julio.

CUADRO 1

Personas muertas por organizaciones armadas, 1968-1977

Año	ETA	ETA(V)	ETA-pm	ETA-m	Comandos Berezi	PCE(r)/GRAPO	FRAP	EPOCA	FAC	MIL-GAC	Grupos autónomos	Colectivo Hoz y Martillo**	PCE(t)**	Total
1968	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2
1969	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
1970	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	0
1971	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	1	2
1972	—	1*	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	2
1973	—	3	—	—	—	—	1	—	—	1*	—	—	—	5
1974	—	16	3	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	19
1975	—	—	4	11	—	5	3	1	—	—	—	—	—	24
1976	—	—	1	14	—	—	—	—	—	—	1	—	—	16
1977	—	—	1	1	1	6	—	1	—	—	—	—	—	10
Total	3	20	9	26	1	11	4	2	1	1	1	1	1	81

Fuente: Elaboración propia.

* Muertes que se produjeron en tiroteos confusos y en las que, por tanto, no es posible asegurar del todo la autoría de los disparos mortales.

** Organizaciones que, sin poder ser caracterizadas propiamente como armadas, sí se acercaron al activismo armado en alguna de sus etapas.

CUADRO 2

Militantes de organizaciones armadas muertos en acciones de represión policial y judicial, 1968-1977

Año	ETA	ETA(V)	ETA-pm	ETA-m	FRAP	MIL-GAC	UPG	Total
1968	1	—	—	—	—	—	—	1
1969	—	—	—	—	—	—	—	0
1970	—	—	—	—	—	—	—	0
1971	—	—	—	—	—	—	—	0
1972	—	4	—	—	—	—	—	4
1973	—	2	—	—	1	—	—	3
1974	—	3*	1	—	—	1	—	5
1975	—	1**	6	1	3	—	1	12
1976	—	—	1	1	—	1	—	3
1977	—	—	2	—	—	—	—	2
Total	1	10	10	2	4	2	1	30

Fuente: Elaboración propia.

* Dos de las tres personas muertas eran exmilitantes de la organización.

** Se toma en cuenta la militancia de Ángel Otaegi en el momento de su detención.

NOTA: Se han tenido en cuenta, en ambos cuadros, las acciones producidas hasta el 15 de junio de 1977. No se han incluido las muertes y desapariciones de las que no puede ofrecerse una hipótesis suficientemente documentada: la desaparición de Eduardo Moreno Bergaretxe, *Pertur*, en julio de 1976; el caso de tres chicos gallegos desaparecidos en San Juan de Luz en octubre de 1973, y el de dos inspectores de la plantilla de San Sebastián del Cuerpo General de Policía desaparecidos en abril de 1976 y encontrados sin vida un año después en una playa cercana a Biarritz y Anglet. Tampoco se han recogido los casos de las personas muertas en acciones policiales o parapoliciales sin militancia en alguna organización armada, lo que arrojaría un saldo de fallecidos sensiblemente superior (de en torno a cien personas), ni otras muertes (de integrantes de cuerpos policiales o de civiles) que no fueran consecuencia de la acción de alguna organización armada o que se hubiera acercado a la práctica armada. Tampoco se han tenido en cuenta, en fin, las muertes accidentales de militantes fruto de la deflagración de explosivos.